

ventaron los Mexicanos tres órdenes militares llamadas *Achcauhtin*, *Cuauhtin* y *Ocelo*, esto es, príncipes, águilas y tigres. Los más estimados eran los que en la orden de príncipes se llamaban *cuachictin*. Estos llevaban los cabellos atados en la parte superior de la cabeza, con una cuerda roja, de la que pendían tantas borlas de algodón, cuantas habían sido sus acciones gloriosas. Era de tanto honor este distintivo, que aun los reyes, no solo los generales, se jactaban de usarlo. A esta orden perteneció Moteuczoma II, como dice el P. Acosta, y aun el rey Tizoc, como se ve en sus retratos. Los tigres se distinguían por cierta armadura manchada como la de aquella fiera. Estos trages solo se usaban en la guerra: en la corte, todos los oficiales del ejército usaban una ropa tejida de varios colores, que llamaban *tlachcuauhxo*. Los que iban por primera vez á la guerra, no llevaban ninguna insignia, sino un ropón tosco y blanco de tela de maguey. Observábase esta regla con tanto rigor, que aun los príncipes reales debían dar muestras de valor, ántes de cambiar aquel vestido por otro más honroso que se llamaba *tencalinhqui*. No solo se distinguían las órdenes militares en sus insignias, sino en las estancias que ocupaban en el palacio real cuando estaban de guardia. Podían tener utensilios de oro, vestirse de la tela más fina y usar de fajas más ligeras que la plebe; lo que no se permitía á los soldados, hasta haber merecido algun adelanto por sus acciones. Había un traje particular llamado *tlacatzihqui*, destinado á premiar al militar que, cuando se desanimaba el ejército, lo incitaba á continuar vigorosamente en la acción.

#### TRAGE MILITAR DEL REY.

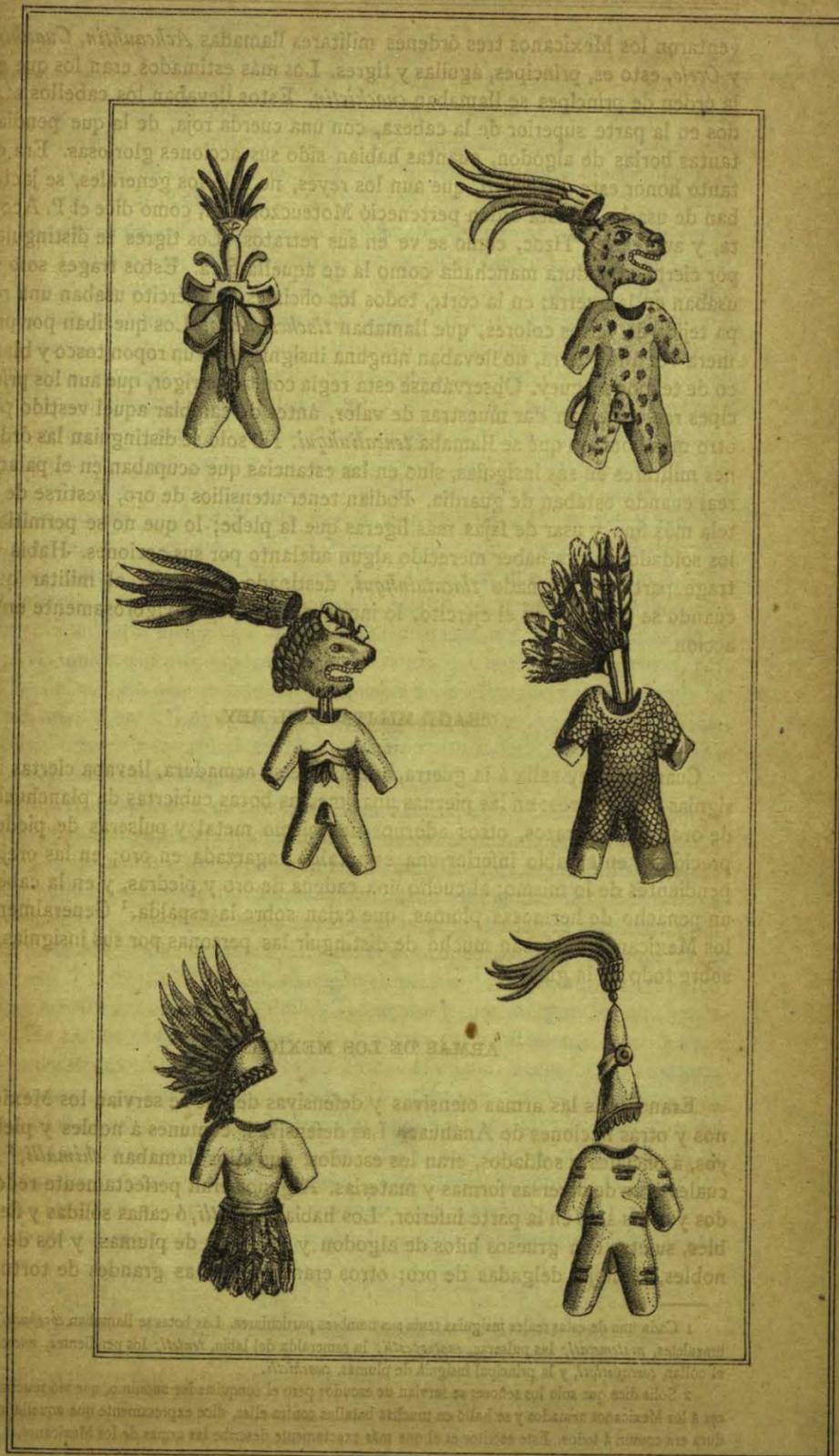
Cuando el rey salía á la guerra, además de su armadura, llevaba ciertas insignias particulares: en las piernas unas medias botas cubiertas de planchuelas de oro; en los brazos, otros adornos del mismo metal y pulseras de piedras preciosas; en el labio inferior una esmeralda engarzada en oro; en las orejas, pendientes de lo mismo; al cuello una cadena de oro y piedras, y en la cabeza un penacho de hermosas plumas, que caían sobre la espalda.<sup>1</sup> Generalmente los Mexicanos cuidaban mucho de distinguir las personas por sus insignias, y sobre todo en la guerra.

#### ARMAS DE LOS MEXICANOS.

Eran varias las armas ofensivas y defensivas de que se servían los Mexicanos y otras naciones de Anáhuac. Las defensivas, comunes á nobles y plebeyos, á oficiales y soldados, eran los escudos, que ellos llamaban *chimalli*,<sup>2</sup> los cuales eran de diversas formas y materias. Algunos eran perfectamente redondos y otros solo en la parte inferior. Los había de *otalli*, ó cañas sólidas y flexibles, sujetas con gruesos hilos de algodón y cubiertas de plumas, y los de los nobles, de hojas delgadas de oro; otros eran de conchas grandes de tortuga,

<sup>1</sup> Cada una de estas reales insignias tenía sus nombres particulares. Las botas se llamaban *cozehuall*; los brazaletes, *matemecall*; las pulseras, *matsopestli*; la esmeralda del labio, *tentell*; los pendientes, *nacochtli*; el collar, *cozcapellatl*, y la principal insignia de plumas, *cuachictli*.

<sup>2</sup> Solís dice que solo los señores se servían de escudo; pero el conquistador anónimo, que vió muchas veces á los Mexicanos armados y se halló en muchas batallas contra ellos, dice expresamente que aquella armadura era comun á todos. Este escritor es el que más exactamente describe las armas de los Mexicanos.



ARMADURAS MEXICANAS.

guarnecidos de cobre, de plata ó de oro, segun el grado militar y las facultades del dueño. Unos eran de tamaño regular; otros tan grandes, que cubrían todo el cuerpo cuando era necesario, y cuando no, los doblaban y ponían bajo del brazo, á guisa de nuestros paraguas. Probablemente serian de cuero, ó de tela cubierta de hule, ó resina elástica.<sup>1</sup> Los habia tambien muy pequeños, ménos fuertes que vistosos, y adornados de plumas; pero éstos no servian en la guerra, sino en los bailes que hacian imitando una batalla.

Las armas defensivas propias de los oficiales, eran unas corazas de algodón, de uno y aun de dos dedos de grueso, que resistian bastante bien á las flechas, y por esto las adoptaron los españoles en sus guerras contra los Mexicanos. El nombre *ichcahuepilli*, que éstos les daban, fué cambiado por aquellos en el de *escaupil*. Sobre esta coraza, que solo cubría el tronco del cuerpo, se ponian otra armadura, que cubria además los muslos y la mitad de los brazos, como se ve en la adjunta estampa. Los señores solian llevar una gruesa sobrevesta de plumas, sobre una coraza compuesta de pedazos de oro y de plata dorada, con la que no solo se preservaban de las flechas, sino de los dardos y de las espadas españolas, como lo asegura el conquistador anónimo. Además de estos arneses, que servian de defensa al cuerpo, á los brazos, á los muslos y aun á las piernas, metian la cabeza en una de tigre ó de serpiente, hecha de madera, con la boca abierta y enseñando los dientes, para inspirar miedo al contrario. Todos los nobles y oficiales se adornaban la cabeza con hermosos penachos, procurando por estos medios dar mayor realce á su estatura. Los simples soldados iban desnudos, sin otro vestuario que la cintura que usaban por decencia; pero fingian el vestido que les faltaba, por medio de los diversos colores con que se pintaban el cuerpo. Los historiadores europeos, que tanto se maravillan de este y otros usos extravagantes de los americanos, no saben que los mismos eran comunísimos en las antiguas naciones de Europa.

Las armas ofensivas de los Mexicanos eran la flecha, la honda, la maza, la lanza, la pica, la espada y el dardo. El arco era de una madera elástica y difícil de romperse; la cuerda, de nervios de animales y de pelo de ciervo hilado. Habia arcos tan grandes (y aún los hay todavía en algunas naciones de aquel continente), que la cuerda tenia cinco piés de largo. Las flechas eran varas duras armadas de un hueso afilado, ó de una gruesa espina de pez, de puntas de pedernal, ó de itztli. Eran agilísimos en el manejo de esta arma, á cuyo ejercicio se acostumbraban desde la niñez, estimulados por los premios que les daban sus padres y maestros. Los Tehuacaneses, principalmente, eran famosos por su destreza en tirar tres ó cuatro flechas al mismo tiempo. Las cosas maravillosas que se han visto hacer en nuestros tiempos á los Tarahumaros, á los Hiaqueses y á otros pueblos de aquellas regiones, que conservan el arco y la flecha, nos hacen conocer lo que hacian antiguamente los Mexicanos.<sup>2</sup> Ninguno de los pueblos de Anáhuac se sirvió jamás de flechas envenenadas, quizás porque deseaban coger vivos á los prisioneros para sacrificarlos.

El *micuahuitl*, llamado por los españoles espada, porque era el arma que en-

<sup>1</sup> Hacen mencion de estos escudos grandes el conquistador anónimo, Diego Godoy y Bernal Diaz, los tres testigos oculares.

<sup>2</sup> La destreza de aquellos pueblos en tirar la flecha, no seria creible, sino constara por la deposicion de millares de testigos oculares. Reunidos muchos flecheros en círculo, echan al aire una mazorca de maiz, y disparan con tanta prontitud y tino, que no la dejan caer en el suelo hasta que no le queda un solo grano. Echan tambien una moneda del tamaño de un medio peso, y con los tiros la mantienen en el aire cuanto tiempo quieren.

CAPITULO VIGINTIQUINTO

tre los Mexicanos equivalía á la espada del antiguo continente, era una especie de baston, de tres piés y medio de largo y de cuatro dedos de ancho, armado por una y otra parte de pedazos agudos de piedra itztlí, fijos en el baston y tenazmente pegados á él con goma laca.<sup>1</sup> Estos pedazos tenían tres dedos de largo, uno ó dos de ancho, y el grueso de las antiguas espadas españolas. Eran tan cortantes, que, segun el testimonio del P. Acosta, se ha visto con una de aquellas armas cortar la cabeza á un caballo de un solo golpe; pero solo el primero era temible, porque las piedras se embotaban muy pronto. Llevaban esta arma atada al brazo con una cuerda, para que no se escapase al dar los golpes. La forma del *macuahuitl* se halla en las obras de muchos escritores y se ve en nuestras estampas.<sup>2</sup>

Las picas de los Mexicanos tenían en vez de hierro una gran punta de piedra ó de cobre. Los Chinantecas y algunos pueblos de Chiapan, usaban picas tan desmesuradas, que tenían diez y ocho piés de largo, y de ellas se sirvió Cortés contra la caballería de su rival Pánfilo Narvaez.

El *tlacochtli*, ó dardo mexicano, era de *otatli* ó de otra madera fuerte, con la punta endurecida al fuego, ó armada de cobre, de itztlí ó de hueso, y muchos tenían tres puntas para hacer tres heridas á la vez. Lanzaban los dardos con una cuerda,<sup>3</sup> para arrancarlos despues de haber herido. Esta es el arma que más temían los españoles, pues solían arrojarla con tanta fuerza, que pasaba de parte á parte á un hombre. Los soldados iban por lo comun armados de espada, arco, flechas, dardo y honda. No sabemos si se servían tambien en la guerra de las segures, de que hablaremos despues.

#### ESTANDARTES Y MUSICA MILITAR.

Usaban en la guerra estandartes y música militar. Los estandartes, más semejantes al *signum* de los romanos, que á las banderas de Europa, eran unas astas de ocho á diez piés de largo, sobre las cuales se ponían las armas ó la insignia del Estado, hecha de oro, de plumas ó de otra materia preciosa. La insignia del imperio mexicano era un águila en actitud de arrojarle á un tigre: la de la república de los Tlaxcaltecas, un águila con alas extendidas;<sup>4</sup> pero cada uno de los cuatro señoríos que componían la república, tenía una insignia diferente. La de Ocotelolco era un pájaro verde sobre una roca; la de Tizatlan, una garza blanca sobre una peña elevada; la de Tepeticpac, un lobo feroz con algunas flechas en la garra, y la de Quiahuitztlan, un parasol de plumas verdes. El estandarte que tomó Cortés en la famosa batalla de Otompan, era una red de oro, que probablemente seria la insignia de alguna ciudad del lago. Además del estandarte comun y principal del ejército, cada compañía, compuesta

<sup>1</sup> Herrera dice que pegaban los pedernales á las espadas con el jugo de la raíz *cacotle*, mezclado con estiércol de murciélago; pero ni se servían de pedernal en las espadas, ni pegaban el itztlí sino con laca, que, como ya he dicho, se llamaba entre ellos estiércol de murciélago.

<sup>2</sup> Hernandez dice que con un golpe de macuahuitl, se podía partir un hombre por medio, y el conquistador anónimo asegura que en una accion vió á un Mexicano sacar de un golpe los intestinos á un caballo y á otro que, de un golpe dado á un caballo en la cabeza, lo dejó muerto á sus piés.

<sup>3</sup> El dardo mexicano era de la especie de los que los romanos llamaban *hastile, jaculum, ó telum ammentatum*, y el nombre español *amento ó amiento*, de que se sirven los historiadores de México, significa lo mismo que el *amentum* de los latinos.

<sup>4</sup> Gomara dice que la insignia de la república tlaxcalteca era una grulla; pero otros historiadores, mejor informados, desmienten esta opinion.

de doscientos ó trescientos soldados, llevaba su estandarte particular, distinguiéndose no solo en las plumas que lo adornaban, sino tambien en la armadura de los nobles y oficiales que á ella pertenecían. La obligacion de llevar el estandarte del ejército, tocaba, á lo ménos, en los últimos años del imperio, al general, y el de las compañías, segun conjeturo, á sus jefes respectivos. Llevaban el asta del estandarte atada tan estrechamente á la espalda, que era imposible apoderarse de ella, sin hacer pedazos al que la llevaba. Los Mexicanos la ponían siempre en el centro del ejército: los Tlaxcaltecas la colocaban en las marchas á vanguardia, y á retaguardia en las acciones.

La música militar, en la cual había más rumor que armonía, se componía de tambores, cornetas y ciertos caracoles marítimos que daban un sonido agudísimo.

#### MODO DE DECLARAR Y DE HACER LA GUERRA.

Para declarar la guerra se examinaba ántes, en el consejo, la causa de emprenderla, que era por lo comun la rebelion de alguna ciudad ó provincia, la muerte dada á un correo ó mercader Mexicano, Acolhua ó Tepaneca, ó algun insulto hecho á sus embajadores. Si la rebelion era solo de algunos jefes y no de los pueblos, se hacían conducir los culpables á la capital para castigarlos. Si el pueblo era tambien culpable, se le pedía satisfaccion en nombre del rey. Si se humillaba ó manifestaba un verdadero arrepentimiento, se le perdonaba su culpa y se le exhortaba á la enmienda; pero si en vez de humillarse, respondía con arrogancia y se obstinaba en negar la satisfaccion pedida, ó cometía nuevos insultos contra los mensajeros que se le enviaban, se ventilaba el negocio en el consejo, y tomada la resolución de la guerra, se daban las órdenes oportunas á los generales. A veces el rey, para justificar más su conducta, ántes de emprender la guerra con algun Estado, le enviaba tres embajadas consecutivas: la primera, al señor del Estado culpable, pidiéndole una satisfaccion conveniente y prescribiéndole el tiempo en que debía darla, so pena de ser tratado como enemigo; la segunda, á la nobleza, invitándola á que persuadiese al señor, evitase con la sumision el castigo que le aguardaba, y la tercera al pueblo, para hacerle saber las causas de la guerra. A veces, segun dice un historiador, eran tan eficaces las razones propuestas por los embajadores, y se ponderaban de tal modo las ventajas de la paz y los males de la guerra, que se lograba prontamente una conciliacion. Solían tambien mandar con los embajadores al ídolo de Huitzilopochtli, exigiendo de los que ocasionaban la guerra, que le diesen lugar entre sus divinidades. Si éstos se hallaban con fuerzas suficientes para resistir, rechazaban la proposicion y despedían al dios extranjero; pero si no se reconocían en estado de sostener la guerra, acogían al ídolo y lo colocaban entre los dioses provinciales, respondiendo á la embajada con un buen regalo de oro y piedras, ó de hermosas plumas, y repitiendo las seguridades de su sumision al soberano.

En caso de decidirse á emprender la guerra, ántes de todo se daba aviso á los enemigos para que se aperciesen á la defensa, creyendo que era bajeza indigna de hombres de valor atacar á los desprevenidos. Tambien se les enviaban algunos escudos en señal de desconfianza, y vestidos de algodón. Si un rey desafiaba á otro, se añadía la ceremonia de ungirlo y pegarle plumas á la cabeza, por medio del embajador, como sucedió con el reto de Itzcoatl al tirano

Maxtlaton. Despues enviaban espías, á quienes se daba el nombre de *quimich-tin*, ó ratones, para que fuesen disfrazados al país enemigo y observasen los movimientos de los contrarios, el número y la calidad de las tropas que alistaban. Si los espías desempeñaban bien su comision, tenían una buena recompensa.

Finalmente, despues de haber hecho algunos sacrificios al dios de la guerra y á los númenes protectores del Estado ó de la ciudad contra la cual se iba á combatir, para merecer su proteccion, marchaba el ejército, no formado en alas ni en filas, sino dividido en compañías, cada una con su jefe y estandarte. Cuando el ejército era numeroso, se dividía en *xiquipillis*, y cada xiquipilli constaba de ocho mil hombres. Es verosímil que cada uno de estos cuerpos fuese mandado por un tlacateatl ú otro general. El lugar en que se daba comunmente la primera batalla, era un campo destinado á aquel objeto en cada provincia, y llamado *xaotlalli*, esto es, tierra ó campo de batalla. Dábase principio á la accion con un rumor espantoso (como se hacia antiguamente en Europa y como hacian los romanos), y para ello se valian de instrumentos militares, de clamores y de silbidos tan fuertes, que causaban terror á quien no estaba acostumbrado á oírlos, como refiere por experien cia el conquistador anónimo. En el ejército texcocano, y quizás en el de alguna otra nacion, el rey ó el general daba la señal del ataque con un tamborcillo que llevaba á la espalda. El primer ímpetu era furioso; pero no se empeñaban todos desde luego en la accion, como dicen algunos autores, pues de su historia consta que tenían cuerpos de reserva para los lances apurados. A veces empezaban la batalla con flechas, ó con dardos, ó con piedras, y cuando se habian agotado las armas arrojadas, echaban mano de las picas, de las mazas y de las espadas. Procuraban con particular esmero conservar la union de sus huestes, defender el estandarte, retirar los heridos y los muertos de la vista de sus enemigos. Habia en el ejército cierto número de hombres que se empleaba en apartar estos objetos, á fin de evitar que el contrario los echase de ver y cobrase nuevos bríos. Usaban de cuando en cuando de emboscadas, ocultándose entre las malezas ó en zanjas hechas á propósito, como lo experimentaron más de una vez los españoles; y frecuentemente fingian una retirada para atraer al enemigo que se empeñaba en seguirlos, á un sitio peligroso, donde les era fácil atacarlo con nuevas tropas por retaguardia. Su mayor empeño en la guerra no era tanto matar cuanto hacer prisioneros para los sacrificios; ni el valor del soldado se calculaba por el número de muertos que dejaba en el campo de batalla, sino por el de prisioneros que presentaba al general despues de la accion. Esta fué una de las principales causas de la conservacion de los españoles en medio de tantos peligros, y especialmente en la horrible noche en que salieron vencidos de la capital. Cuando algun enemigo vencido procuraba escapar, lo desjarretaban á fin de que no pudiera correr. Cuando perdian el general ó el estandarte, echaban á huir, y entónces no habia fuerza humana que bastase á detenerlos.

Terminada la batalla, los vencedores celebraban con gran júbilo su triunfo, y el general premiaba á los oficiales y soldados que habian hecho algunos prisioneros. Cuando el rey de México hacia algun prisionero, le enviaban embajadas y regalos todas las provincias del reino, para darle la enhorabuena. Vestian á aquel malaventurado con las mejores ropas, lo cubrian de preciosos adornos y lo llevaban en una litera á la capital, de donde salian á recibirlo los habitantes con música, y grandes aclamaciones. Llegado el dia de su sacrificio,

despues de haber ayunado el rey el dia anterior, como hacian los dueños de las víctimas, llevaban al real prisionero, con las insignias del sol, al altar comun de los sacrificios, y moria á manos del gran sacerdote. Este hacia con la sangre de la víctima una aspersion á los cuatro puntos cardinales y mandaba un vaso de ella al rey, para rociar todos los idolos que estaban en el recinto del templo, en accion de gracias por la victoria conseguida contra los enemigos del Estado. Enfilaban la cabeza en un palo altísimo, y cuando se habia secado el pellejo, lo llenaban de algodón y lo colgaban en algun sitio del palacio, para recuerdo de un hecho tan glorioso, en lo que no tenia poca parte la adulacion.

En los asedios de las ciudades, la primera precaucion de los sitiados era poner en seguro sus hijos, sus mujeres y los enfermos, enviándolos en tiempo oportuno á otra ciudad ó á los montes. Así los salvaban del furor de los enemigos, y evitaban el consumo inútil de los víveres de la guarnicion.

#### FORTIFICACIONES.

Para la defensa de los pueblos usaban diferentes clases de fortificaciones, como muros y baluartes, con sus parapetos, estacadas, fosos y trincheras. De la ciudad de Cuauhquechollan sabemos que estaba fortificada con una buena muralla de piedra y cal, de veinte piés de alto y doce de grueso.

Los conquistadores que describen las fortificaciones de aquella ciudad, hacen mencion de otras muchas, entre las cuales es muy notable la que construyeron los Tlaxcalteas en los confines orientales de su república, para defenderse de las invasiones de las tropas mexicanas que estaban de guarnicion en Iztacmaxtitlan, Xocotlan y otros puntos. Esta muralla, que se extendía de una montaña á otra, tenia seis millas de largo, ocho piés de alto, sin el parapeto, y diez y ocho de grueso. Era de piedra y de una mezcla tenaz y fuerte.<sup>1</sup> No tenia mas que una salida estrecha, de ocho piés de ancho y de cuarenta pasos de largo, que era el espacio que mediaba entre las extremidades del muro, encorvada una en torno de otra, y formando, como la de Cuauhquechollan, dos semicírculos concéntricos. Esto se entenderá mejor por medio de la estampa. Aún se ven en el dia algunos restos de esta construccion.

Subsiste tambien una fortaleza antigua, fabricada sobre la cima de un monte, á poca distancia del pueblo de Molcaxac. Está circundada de cuatro muros, separados unos de otros, desde el pié del monte hasta la cima. En las inmediaciones se ven muchos baluartes pequeños, de piedra y cal, y sobre una colina, á dos millas de aquel monte, los restos de una antigua y populosa ciudad, de que no han dejado memoria los historiadores. A veinticinco millas de distancia de Córdoba, existe aún la antigua fortaleza de Cuauhtochco ó Guatusco, rodeada de altos muros de piedra durísima, y en la cual no se puede entrar sino es por unas escaleras altas y estrechas. Así era la entrada comun de las fortalezas de aquellas naciones. De este antiguo edificio, cubierto hoy de maleza por el descuido de los habitantes de las cercanías, sacó, hace pocos años, un caballero cordobés, algunas estatuas bien labradas con que adornó su residencia. Cerca de la antigua corte de Texcoco, se conserva una parte de la alta

<sup>1</sup> Bernal Diaz dice que la muralla de Tlaxcala era de piedra y cal, y de un betun tan fuerte, que era necesario usar de picas de hierro para deshacerlo. Cortés afirma que era de piedra seca; pero debe darse más crédito al primero, que observó por sí mismo aquella obra.